

¿QUÉ HACEMOS CON LA INOCENCIA?

CRISTINA DE LLANO VARELA
ESCRITORA, LICENCIADA EN ARTE

Ocurre con frecuencia que cuando miramos a un niño nos gusta, a su vez, su manera de mirarnos a nosotros: con inocencia. Tanto es así, que nos extraña y nos desconcierta una mirada de niño que no esté expresando inocencia.

A veces nuestra admiración lleva algo de nostalgia, como si añorásemos una inocencia perdida: la de nuestras miradas de niños.

Y quién sabe si, por añadidura, al tiempo que elogiamos de este modo la inocencia en los ojos del niño, estamos ya anticipando melancólicamente su desaparición.

Creemos que la inocencia es privilegio de los niños, pero que, con la edad, se pierde.

Por un instante, parece que añoramos la inocencia perdida; por un instante, parece que envidiamos la inocencia de los niños.

Y sin embargo, la inocencia nos resulta una expresión equívoca para la vida de un adulto.

Parece que creemos que está bien para un niño, pero para un adulto, enfrentado a los problemas de la vida diaria, es como poco funcional, poco productiva, y hasta es posible que funcione como obstáculo para ese "enfrentarse al mundo", que requiere de "armas más expeditivas".

¿Por qué este distinto aprecio y percepción de la inocencia?

¿Es el término el que cambia, significando una cosa cuando es característica admirable en la infancia, y otra cosa muy distinta en la vida adulta?

¿O es nuestra interpretación del término la que introduce un cambio semántico que en sí mismo no lleva la palabra?

Parece que deseamos, nos gusta, y nos parece elogioso que digan de nuestros hijos, mientras son niños, "¡qué inocencia!". Nos suena bien y lo encontramos apropiado.

Ay, pero si ese comentario nos lo hacen ya cuando nuestros hijos son adolescentes, casi nos da por responder "¿y tú qué derecho tienes para decir eso?", o "¿quién te crees que eres?, métete en tus asuntos". Porque el comentario, ahora, ya no nos suena tan bien; casi nos parece preocupante, despreciativo, como si en nuestros hijos estuvieran señalando síntomas de alguna debilidad.

Por un instante,
parece que
añoramos la
inocencia perdida;
por un instante,
parece que
envidiamos la
inocencia
de los niños.

FAMILIA



ARLEQUÍN PENSATIVO, PICASSO

Y si tal comentario lo dicen de nosotros, ya adultos, nos sentimos descalificados, nos parece que nos están llamando "tontos" o "ingenuos" en su sentido más peyorativo. Decididamente nos suena mal, nos es casi insultante.

A la vista de esto, habría que pensar que somos nosotros los que cargamos y descargamos a la palabra "inocencia" de su contenido.

Resulta que, usando la misma palabra, no estamos diciendo lo mismo cuando hablamos de la inocencia del niño y cuando hablamos de la inocencia de cualquier adulto.

Y con esto, estamos dictaminando que es buena para una edad y no tanto para otras.

Incluso olvidamos meterla dentro de los parámetros para caracterizar a alguien. Valoramos y evaluamos si un adulto es, o no es, honrado, prudente, decidido, paciente, creativo, resolutivo, comprensivo, práctico, idealista..., y un sin fin más de cualidades. ¿Inocente? Jamás se nos ocurre. Tal expresión la hemos dejado casi en exclusiva para asuntos legales y judiciales.

MIRADAS INOCENTES

Cuando hablamos de la inocencia aplicada a los niños, ¿quizá nos estamos refiriendo a que no percibimos en ellos malicia, recovecos del alma, prejuicios y juicios? ¿Quizá nos estamos refiriendo a que esas miradas inocentes muestran confianza, esperanza, apertura, novedad, credulidad? ¿Quizá lo que queremos significar es que nos parecen limpias, sin posibilidades de engaño, transparentando unas vidas, unas mentes, unas ilusiones, que todavía no saben nada de cargar el fardo "de lo que la vida enseña"?

Pero si aplicamos el término a un adulto, si nos dicen de pronto de alguien "¡Qué inocente es!", ¿no es algo similar a esto lo que solemos entender?:

"Pobre, qué ingenuo es".

Algo en nuestro interior nos ha predispuesto a traducirlo así.

Y puede que quizá hasta lo traduzcamos como "ahí va un perdedor".

E, incluso, puede suceder que lo traduzcamos por cualquiera de estos significados: despistado, bobalicon, fácil de engañar, incompetente para la "vida real"...

¿Quizá todo esto sucede porque olvidamos con frecuencia que "inocente" primordialmente tan sólo significa "el que / lo que no hace daño"?

Nos da por calificar de inocente al que no ve venir la jugada del otro. Y nos da por calificar de inocente al que dice tener en la vida unas metas altruistas que no nos parece que midan las cosas como lo que la "vida real" impone. Y nos da por calificar de inocente al que prefiere ir por la vida pensando ante todo en el bien de los demás y para los demás. Y nos da por calificar de inocente al que le gusta en su día a día ser sincero, mostrarse tal como es...

¿Quizá todo esto sucede porque olvidamos con frecuencia que "inocente" primordialmente tan sólo significa "el que / lo que no hace daño"?

¡Y nada menos!

Ahora cambian un poco las cosas. Ahora sí que no nos importaría tanto que nos llamaran "inocentes". Porque ¿a quién no le gusta verse así, o que le valoren así: "ahí va alguien que nunca hace daño a los demás?"

¡Cuántas cosas hemos hecho con la inocencia!

Quizá entre todos, y sin querer a veces, la hayamos ido pervertiendo un poco.

De perversión del término los llamados cristianos saben algo que todos recordamos en esta época del año. Celebramos el Día de los Inocentes llamándonos unos a otros alegremente inocentes, ingenuos y crédulos, tras haber caído en la trampa-broma que nos tendemos unos a otros. Pero el día tan sólo conmemora



EL FALSO ESPEJO, MAGRITTE

Si conocemos a personas inocentes, ¿no las admiramos? ¿No son un regalo allí donde están?

un drama sucedido muchos siglos atrás, la matanza de unos niños. Eran inocentes puesto que ni tiempo habían tenido de hacer mal. Y ése es un drama que se repite hoy en todo niño cuya vida se sacrifica al interés de los adultos. Y es un drama que se repite hoy en todo ser humano cuya vida se hace trizas por intereses que no tienen nada de inocentes.

¿EXISTEN PERSONAS INOCENTES?

Si nos atenemos a la verdadera acepción del término "inocente", es fácil, quizá, que en nuestro entorno encontremos a personas a las que conocemos bien, que tratamos, y a las que podemos calificar como inocentes porque realmente pasan por la vida sin hacer daño.

O quizá consideremos que lo somos nosotros mismos. O que lo intentamos.

Si conocemos a personas así, ¿no las admiramos? ¿No son un regalo allí donde están?

Hace años que se habla de la pérdida de valores. Hace años que nos preguntamos a dónde va el mundo así. Quizá es que nos hacen falta muchos inocentes.

Personas que tienen como proyecto de vida pasar por la vida intentando no hacer daño.

Personas que tienen la sensibilidad atenta para caminar con esa intención y con ese propósito.

Personas que se esfuerzan en actuar con una determinada voluntad.

La de escoger el gesto y la palabra oportunos...

La de saber callar cuando nada

positivo se va a construir...

La de saber esperar el tiempo que el otro necesita para evolucionar, para llegar al entendimiento...

La de no atacar movido por primeras reacciones instintivas...

La de saber perdonar y olvidar rencores, venganzas o revanchas...

La de reflexionar e intentar ponerse en la piel del otro para, desde sus sentimientos, intentar comprenderle y desde ahí acercarse...

La de vivir según sus valores y principios intentando, al mismo tiempo, entender y convivir con la diferencia...

¿Podría ser esto el retrato de una persona inocente?

Hay otras preguntas que nos podemos hacer.

La primera, sobre la posibilidad de que existan personas inocentes.

¿Es posible ser inocente? ¿O es esto una utopía más?

En este mundo tan baqueteado, ¿es posible pasar por la vida sin hacer daño? ¿O esto es un sueño inalcanzable?

Venimos a la vida a vivirla, no a crear espacios de burbuja para construir situaciones de laboratorio acordes a nuestros fines. La persona que se decida a ir por la vida sin hacer daño, tendrá que hacerlo asumiendo todos los riesgos que esto conlleva en un mundo que se lo pondrá muy difícil.

La otra pregunta gira en torno



EL NIÑO DEL PICHÓN, PICASSO

a la posibilidad o no de que tal persona tenga acogida en su entorno. La Historia enseña cómo suele estorbar un justo entre los injustos.

Y en la Literatura también encontramos una pregunta similar. Por poner dos buenísimos ejemplos, uno en el siglo XIX y otro en el XX: *El idiota* de Dostoiéski y *Berlín Alexanderplatz*, de Alfred Döblin.

En *El idiota* la reflexión va en torno a cómo tal personaje se convierte en algo irrisorio, una curiosidad que se admira y que al mismo tiempo causa una condescendiente sonrisa por su "irrealidad". Digamos que no le ven apropiado para la vida real.

En *Berlín Alexanderplatz* se reflexiona sobre la imposibilidad de que el arrepentimiento y la voluntad de bondad pueda abrirse paso y perdurar en una sociedad asentada en criterios más deprecadores que humanos. Ésta puede sobre aquello y lo arrastra consigo al abismo.

La pregunta, pues, quizá nos quede siempre en el aire:

¿Es posible o no es posible?

Pero a lo mejor una buena respuesta podría estar en un refrán popular:

"Por intentarlo, que no quede".

La Historia sí tiene algunos buenos ejemplos de inocentes. Y seguro que en nuestras historias personales sí tenemos también personas a las que calificar como

"pasó por la vida sin hacer daño".

Y quizá pueda ser esta inocencia de la que hablamos un buen deseo para el contenido de nuestras felicitaciones en estas fechas.

UN DÍA CUALQUIERA

En la vida es fácil que nos encontremos con situaciones y diálogos como éstos. Una buena sugerencia es comentar estos textos con vuestros hijos o alumnos:

1.

Andrés y Pepe están viendo un partido de fútbol en el televisor. Uno de los delanteros se acerca velozmente a la portería con absoluto dominio del balón. Andrés y Pepe contienen la respiración. Un defensa se desmarca rápidamente e intercepta el balón. Pepe salta frustrado en su silla:

- ¡Se veía venir! ¡Qué delantero tan inocente!

2.

Ana ya ha perdido la cuenta de las veces que su amiga Sonia entrega el paquete semanal con comida y otros enseres a Óscar, amigo común y drogadicto, que él viene a buscar.

Ana: - ¡Qué inocente eres, Sonia! Él no va a cambiar, no dejará la droga, y probablemente tira el bocadillo en la primera papelera que encuentra.

3.

En un bar, charlan dos amigos ante sendas copas.

Marcos (CON AIRE TRISTE Y DESESPERANZADO): - Realmente, no sé qué pasa conmigo. Algo debe funcionar mal. No es sólo porque me haya quedado sin el trabajo, o porque Rita me haya dejado. Es porque no sé qué hacer con esta sensación de que el mundo es demasiado complicado para mí. Todo es luchar, segunda intenciones, intereses ocultos...

Daniel (COMPENSIVO Y FIRME): - Tu problema es que eres demasiado inocente. Vas por ahí siempre a pecho descubierto, con tu eterna sinceridad por delante, y esperas que todo el mundo sea igual.

4.

Dos directivos hablan de uno de los aspirantes a un trabajo.

- Creo que no debemos dárselo a Morato.

- Estoy de acuerdo. Es tan inocente que en cuanto le calen se las meterán dobladas, y adiós la dirección del buque.

- Cierto. Para ese trabajo necesitamos perro viejo, y cuanto más desconfiado sea mejor.

5.

En una reunión de amigos, una pareja habla, apartada, entre susurros:

Miguel: - ¿Crees que tu novio se ha dado cuenta de que tú y yo...?

Alba: - Qué va. Yago es muy inocente, no se entera nunca de nada.

Miguel: - Ya, pero le pueden ir a contar...

Alba: - Ya te digo que es un inocente, es incapaz de pensar mal.

6.

Un matrimonio está hablando de su hijos, mientras piensan en el día en que ya no estén ellos:

Ella: - A mí me gustaría dejar más protegido a Ramón. Es el más inocente. Apenas sabe defender lo suyo, ¡cuánto más será incapaz de abrirse camino en la vida luchando como los demás!

7.

Dos viejos amigos pasean evocando momentos de su vida.

- Y en una playa muy parecida a ésta perdí la inocencia a los quince años.

- Lo recuerdo bien, me sacaste de la cama de madrugada y nos fumamos a escondidas nuestro primer cigarrillo.■